

Orientaciones Pastorales para el Trabajo con Grupos Afro-Americanos.

Enrique Bartolucci, F.S.C.J.
Vicario Apostólico de Esmeraldas, Ecuador

Nuestra acción evangelizadora, nuestra pastoral con los grupos afro-americanos, por lo general no encuentran vacíos de tipo cultural o religioso. Es más: no encuentra una cultura o una religiosidad totalmente ajena al mensaje evangélico. Desde siglos los afro-americanos han recibido el anuncio del Evangelio, y fundamentalmente se han adherido a él. Sin duda, lo han acogido a su manera, en parte adaptándose con sinceridad a la nueva religión, y en parte adaptando la nueva religión a su cultura. En general, los afro-americanos se consideran y definen a sí mismos "católicos", y hasta "buenos católicos", tal vez con una cierta dosis de ingenuidad o ignorancia, pero sin hipocresía o presunción.

Resultaría totalmente desacertada una acción pastoral que no tomara en cuenta la mentalidad, la cultura y la tradición religiosa de las personas a que está destinada. Ejercer una acción pastoral en medio de los afro-americanos, supone y exige el conocimiento cabal de su cultura y de su religiosidad.

Por ello dividiremos nuestra exposición en dos partes. En la primera, trataremos de detectar y de definir los elementos determinantes de la religiosidad del afro-americano; en la segunda, intentaremos algunas líneas de acción pastoral que no sólo estén en sintonía con el Evangelio y con las directrices que nos da hoy la Iglesia, sino que, al mismo tiempo, respeten la idiosincrasia, cultura y tradición religiosa de estos grupos.

I. Cultura y Religiosidad del Afro-Americano

De los elementos característicos más determinantes de la religiosidad del afro-americano, analizaremos los puntos siguientes:

1. *Ciclo de Fiestas*

1. Entendemos por "ciclo de fiestas" los tiempos durante los cuales se da la expresión religiosa popular.

Entre los afro-americanos, son fundamentalmente las siguientes: fiesta del Niño (Navidad), Semana Santa, fiestas de los Santos, Difuntos.

Para el negro, la tradición es una ley mucho más fuerte, importante y respetable que todos los documentos del Vaticano II, la Evangelii Nun-

tiandi, Medellín, Puebla. No los critican ni desprecian: simplemente los ignoran. No contradicen lo que los sacerdotes y las religiosas tratan de explicarles: solo no les hacen caso, especialmente si se trata de algo que no coincide con sus tradiciones.

Celebrando la Navidad y la Semana Santa, cuya cumbre es el Viernes Santo, con toda probabilidad entienden celebrar al "hombre"; el nacimiento y la muerte del hombre, su vida y su muerte. Cristo es la imagen del hombre. Más que su divinidad, les cautiva su humanidad. Más que la Pascua, les impacta el hecho de su partida de este mundo.

2. La fiesta es esencial para vivir. La vida sin la fiesta no tendría sentido. El año sin fiestas sería impensable e imposible. Las fiestas marcan las grandes etapas de la vida del afro-americano, y al mismo tiempo son un medio excelente de compensar las tristezas y las dificultades de la vida. Les permiten "desquitarse" de la dureza del trabajo: favorecen el descanso e infunden ánimo y valor para salir adelante en la cotidiana lucha por la vida.

3. La fiesta es la gran oportunidad para celebrar la vida en grupo. En ella, lo social es lo principal. Con esta ocasión, todo el mundo se encuentra, y el pueblo se siente pueblo. El negro no ama la soledad: ama el grupo, la masa. No ama el silencio: ama el alboroto. Para que la fiesta sea fiesta, ha de haber mucha gente... y mucho ruido.

Es muy interesante ver cómo los afro-americanos —por lo menos en Esmeraldas—, han hecho caso omiso de las reformas al calendario de las fiestas, realizadas por gobiernos anticlericales, o por la misma Iglesia. No han borrado un solo santo de su calendario, no omiten una sola de las fiestas de las muchísimas que celebran.

En la zona norte de la provincia de Esmeraldas está muy difundido un almanaque con las fiestas que hay que guardar impresas en rojo. Sólo los ciegos no se darían cuenta de los días marcados, pues incluso los anal-fabetos los identifican por el color.

2. *Culto a los Difuntos*

1. Sería necesario un estudio más profundo y crítico para conocer todos los ritos y el significado del culto que los afro-americanos rinden a los difuntos. Probablemente es una manera de prolongar la vida de los muertos, que al desaparecer no pierden su poder, sino que al contrario lo refuerzan.

El culto de los muertos expresa uno de los rasgos fundamentales de la cultura bantú, y de la cultura negro-africana en general. Los antepasados, que están más cerca de los héroes míticos, de los fundadores de la estirpe, son superiores y dictan ley a los vivos. Los ancianos, por estar más cerca de los antepasados, adquieren autoridad y estimación, y por tanto reciben respeto y veneración. Los jóvenes, en cambio, no son tomados muy en cuenta.

2. En la cultura bantú no se puede separar el culto a los difuntos del culto a los antepasados. El ideal, el arquetipo, en la cultura occidental

está delante, pertenece al futuro. En la cultura africana, el modelo hacia al que se tiende está atrás, la edad de oro está en el pasado. El ideal de cada nueva generación consiste en reproducir fielmente los esquemas del pasado, según el concepto cíclico de la historia y de la vida sobre el cual se fundamenta su cultura. De ahí la importancia que adquieren los ancianos y los antepasados para la juventud.

Estos rasgos fundamentales de la cultura afro-americana tradicional subsisten, en parte, también en los afro-americanos, a pesar de que su cultura haya sido sometida a embates y cambios profundos por el impacto brusco de esquemas culturales diferentes.

En nuestros ambientes afro-americanos, el culto a los difuntos se explica por el deseo de congraciarse, para así defenderse de su gran poder: es importante ganar su benevolencia, y reparar posibles agravios que se les pudieran haber causado durante la vida.

Por eso, a la veneración acompaña siempre el temor. De hecho, más que el deseo de ayudar en algo a los difuntos, es sobre todo la preocupación de defenderse de los muertos lo que mueve al afro-americano a dar culto a sus antepasados.

3. Ese culto se expresa fundamentalmente en dos modos:

a) "velar al muerto", es decir, estar con él durante cierto tiempo. Es más cuestión de presencia que de rito. Los amigos y parientes deben estar presentes, y no importa que pasen la noche jugando naipes y tomando trago: lo que importa es la presencia física. Y es una presencia comunitaria, no sólo de solidaridad con el difunto, sino también entre ellos, los vivos, como una manera de sentirse unidos para consolarse mutuamente y defenderse mejor del poder de los muertos.

b) ayudar al muerto con la celebración de misas, para cancelar eventuales deudas que el finado haya tenido con Dios, y poder así encontrar su descanso. Este descanso no beneficiará sólo al difunto, sino también a los vivos, pues finalmente él los dejará en paz.

3. *Momentos Religiosos*

1. La comunidad se reúne en el momento de un velorio o de un sepelio. No es necesario que alguien invite: la muerte de un miembro de la comunidad es un hecho que, por sí mismo, tiene mucha fuerza de convocación.

El afro-americano considera una obligación estar presente en el velorio, obligación que no siente, en cambio cuando se trata de la misa del domingo.

Respecto al significado de los días y tiempos sagrados, no tienen el concepto del ritmo semanal. El domingo sirve para el descanso y el deporte, pero no necesariamente como momento de encuentro religioso de la comunidad. Probablemente ello depende de que los primeros misioneros no insistieron suficientemente sobre el significado religioso del domingo. La evangelización enfatizaba más el misterio de la Cruz que el de la

Resurrección. Y, tal vez, existiendo tan poca posibilidad de celebrar misa para todos, por falta de sacerdotes, se consideraba inútil insistir sobre el precepto dominical.

2. Para cualquier clase de celebración civil o religiosa, el afro-americano necesita disponer de mucho tiempo. El ritmo de preparación y los tiempos de celebración son lentos y largos.

La celebración religiosa implica necesariamente suspensión del trabajo, y consumo de trago. El beber juntos, en la cultura negra, es un rito de comunión y de hermandad que exige estar juntos y disponer de cierto tiempo. Este "rito" que es propio de los hombres, se celebra en los salones la víspera de la fiesta.

A propósito de "bebida" o "trago", tal vez no esté fuera de lugar hacer una reflexión. La palabra "Comunión" en kirundi, uno de los más importantes y tal vez el más puro de los idiomas del grupo bantú se expresa con el término "ugusangira" que significa "compartir la bebida". En Burundi se adoptó esta palabra en la liturgia.

En Europa, sobre todo en estos últimos años, el trago se consume en soledad, y es una manera de ahogar las angustias. Igualmente me parece constatar una diferencia entre la manera de "tomar" del indio de la sierra y del negro de la costa, por lo menos en el Ecuador. El indio, cuando se emborracha, enmudece y se pone más triste. El negro, en cambio, se pone más alegre y hablador.

3. En el calendario del afro-americano hay dos tipos de fiestas: unas diseminadas en todo el año, como estrellas dispersas y de poca luz. Generalmente duran un día, y consisten fundamentalmente en un encuentro (en la capilla o en el salón), la víspera, y un día de descanso después. Y hay otras (Difuntos, Navidad, Semana Santa), que brillan como constelaciones mayores en el firmamento de la vida del afro-americano. Así, en la zona norte de Esmeraldas, a primeros de diciembre la gente trabaja duro, los hombres cortan madera en el bosque, para reunir dinero en vista de las grandes y largas celebraciones navideñas.

En todo caso, las fiestas, entre grandes y pequeños, marcan profundamente la vida del afro-americano. No tomar en cuenta esta realidad en el trabajo pastoral, sería lanzarse a un fracaso seguro.

4. *Espacios Religiosos*

1. Los espacios religiosos fundamentales son las mismas viviendas, los altares, las capillas, y los cementerios. En éstos sitios se celebran los ritos religiosos.

Los afro-americanos tienen un marcado sentido sacramental, no sólo en lo referente a lugares sagrados, sino también a gastos, libros, cosas sagradas. En general no saben, o por lo menos no les preocupa distinguir mucho entre el símbolo y la realidad. La Virgen es "nuestra Virgen del Carmen que tenemos en la Iglesia". Es concretamente ésa y no otra, y no hay que confundirla, por ejemplo, con la Virgen de la Merced. Eso de que la Virgen sea una sola y esté en el cielo, no les interesa gran cosa.

Hay algo que casi podríamos considerar fetichismo, ya en cuanto a espacios sagrados, ya en cuanto a gestos, ritos y cosas sagradas, empezando por el agua bendita. Creen mucho en la fuerza del "ex opere operato". Lo vemos, por ejemplo, en el bautismo de los niños, que ellos consideran como el acto religioso fundamental e indispensable, y como remedio absoluto e insustituible para defender al recién nacido de toda enfermedad o desgracia.

Es posible que los primeros misioneros hayan aprovechado el sentido de lo sagrado en los negros, para insistir más en la sacramentalización que en la evangelización, más en el gesto que en la palabra, más en el símbolo que en la realidad.

2. La gente está convencida de que un pueblo que no tiene capilla, ni siquiera es un pueblo. La construcción, o las obras de mantenimiento, de la capilla es una manera de vivir la religiosidad de la comunidad; ayuda mucho a mantener viva la fe y la unidad del pueblo. La capilla ha de ser considerada como algo vivo, que crece lentamente, y que necesita de continuos cuidados. Pastoralmente, es desafortunado y hasta contraproducente hacer construir capillas con dinero extranjero, y peor si se hace de prisa, o se construyen de hormigón, que nunca se deteriora. La gente dirá "es la capilla del padre tal", pero nunca dirá "es nuestra capilla". La imaginación es una gran virtud pastoral. Con un poco de fantasía, siempre se puede sugerir a la gente una u otra iniciativa, para rehacer, modificar, embellecer la capilla. La fiesta del santo patrono es buena oportunidad para dedicar a la capilla siquiera una parte del dinero que la gente suele reunir en esa circunstancia.

3. Para algunas fiestas, la gente se reúne en casas privadas donde vive el "dueño" (o más comúnmente la "dueña") del santo. Es decir alguien que posee una imagen o una estatuilla, por ejemplo de San Antonio, y tiene el derecho de convocar a todos a la fiesta, y el deber de brindar el trago a los devotos, que por lo general concurren en buen número. El prestigio de ser "dueño" del santo, compensa el sacrificio de costear la fiesta.

4. Otro lugar sagrado muy importante en la expresión de la piedad popular es el altar doméstico, donde se amontonan imágenes, crucifijos, estatuillas, etc., y donde, más que rezar, se prenden velas de vez en cuando.

5. El cementerio es también un espacio sagrado, y cobra todo su sentido de sacralidad durante las celebraciones de los difuntos. A veces está abandonado. Pero a fines de octubre, como preparación a la fiesta de Todos los Santos y de los Difuntos, la comunidad se dedica a la limpieza del camposanto.

6. Finalmente, podemos decir que cualquier lugar se transforma en espacio sagrado, una vez que se lo destine al culto por ejemplo, el terreno donde se construirá la capilla, y que fue bendecido con esta finalidad, debe delimitarse y cercarse bien para que no entren los animales. También la escuela, cuando sirve para reuniones del pueblo, en las que esté

presente algún sacerdote o alguna religiosa, se transforma en lugar sagrado, y quien entre en ese momento, no lo hará sin persignarse y hacer un rápido remedo de genuflexión.

5. *Los Ministros o Agentes de lo Sagrado*

1. El ministro es una persona respetada y obedecida en la comunidad. Conoce las tradiciones religiosas, y está encargado de transmitir las y celebrarlas. Hay curanderos, rezanderos, cantores, cantoras, síndicos, sindicadas, sacristanes, etc. Normalmente son los ancianos quienes mantienen la tradición.

2. Entre los agentes de lo sagrado, el sacerdote ocupa el lugar principal. Es el "ministro" por excelencia. Pero no es del pueblo. Viene de lejos, y sólo de vez en cuando. Después del sacerdote, viene la religiosa. Es algo relativamente nuevo, y que probablemente no se ha extendido a todas partes, el que las "madrecitas" visiten las comunidades del campo, en la selva, a lo largo de los ríos, etc. Anuncian el Evangelio, ayudan a formar y a afianzar las comunidades cristianas, se entregan sin miedo a una vida sacrificada y al mismo tiempo maravillosa. Se distingue claramente una parroquia donde hay religiosas de otra donde no las hay. Cierta forma de trabajo, sólo la religiosa lo puede hacer. Es ella la expresión más clara de la misericordia y ternura de Dios para con los pobres, los débiles, los enfermos.

3. En esta época de renovación pastoral que parte fundamentalmente de las comunidades eclesiales de base, ocupa un puesto especial la figura del guía, responsable o líder de la comunidad.

El nombre es nuevo, y corresponde a una función nueva. Parece que allí donde existe una antigua y fuerte tradición, es más difícil crear comunidades de base e introducir esta figura nueva del guía. Lamentablemente en algunas partes se ha procedido con poco tino y se han impuesto estas comunidades, causando rupturas y divisiones. En otras partes, se dan ahora dos clases de ministros: los tradicionales, y los nuevos, que proceden paralelamente sin encontrarse.

4. En las comunidades nuevas, el guía es distinto del catequista, aunque a veces la misma persona desempeña ambas funciones. Normalmente el guía es persona casada, de preferencia hombre, que goza de respeto y estima en el pueblo. Mientras que un joven o una señorita de 16-18 años pueden ser muy bien catequistas de niños. A funciones distintas, personas distintas.

La experiencia enseña que el ideal es que para la misma comunidad haya algunos guías y catequistas, que puedan confrontarse y ayudarse mutuamente. Los unos y los otros deben recibir formación permanente, a través de cursos periódicos.

5. En Esmeraldas estamos haciendo una experiencia muy bella: se trata de los "Guías misioneros". Son los guías de las comunidades ya formadas, con buena experiencia, y que han participado en muchos

cursillos. A la vez que se responsabilizan de su comunidad, van también a otros lugares, sobre todo a pueblitos y recintos lejanos y perdidos en la selva, donde no hay capilla, ni comunidad, ni tradiciones religiosas, para anunciar allí la Palabra de Dios y ayudar en la formación de la comunidad, que más tarde será visitada también por el sacerdote o las religiosas.

6. A propósito de "ministros", me permito hacer una reflexión: en toda el Africa, la evangelización fue en gran parte obra de los catequistas. Ahora hay sacerdotes, religiosos y religiosas, obispos y hasta cardenales africanos. Pero si el Africa se ha convertido a Cristo, probablemente el mérito mayor no corresponde ni a los misioneros ni a los sacerdotes africanos, sino a los catequistas que desempeñaron la doble función de enseñar el Evangelio y de formar y guiar las comunidades.

En cambio, en América Latina, la figura básica tradicional en los grupos afro-americanos fue el rezandero. La evangelización fue dejada un poco de lado, y se dio prioridad al culto, al rezo, a la oración. Probablemente fue más acertado el método africano. Pero hay que reconocer también que el método latinoamericano produjo buenos frutos.

No creo sea un dislate afirmar que si los afro-americanos han mantenido la fe, no fue tanto por la acción de los sacerdotes o de las religiosas, que durante larguísimos períodos brillaron por su ausencia, sino gracias a estos rezanderos humildes, a estas "cantoras" que saben la letra de los arrullos, y a quienes quizás ahora no tomamos muy en cuenta. Creo que es urgente recuperar a estos "ministros" de la religiosidad popular afro-americana.

6. *Las Manifestaciones Religiosas*

1. Podemos distinguir entre expresiones individuales, domésticas y colectivas.

a) Son expresiones individuales: la señal de la cruz, tocando con la mano la tierra antes de salir de casa; señal de la cruz después de las comidas y sobre los platos; uso abundante de agua bendita como terapia, y como elemento básico para los remedios caseros contra dolencias y enfermedades varias; rezo de plegarias especiales para momentos determinados; cruces debajo de la casa y delante de la puerta, en caso de calamidades reales o supuestas, de brujería, etc.

b) Expresiones domésticas: altar de los santos; se trata de un cajoncito o tarima adosados a la pared, donde se colocan los más variados objetos: estampas de vírgenes, de santos, estatuillas... Delante se prenden velas y a veces se recitan diversas oraciones.

c) Expresiones colectivas: velorios de santos y de difuntos. Celebraciones con escenificación del nacimiento, de la pasión y muerte de Jesús, en Navidad y Viernes Santo, que interesan y mueven a todo el pueblo.

2. En todas las manifestaciones religiosas ocupa un lugar especial el canto, siempre rítmico, acompañado de tambores. Los cantos, como

también los arrullos y los poemas, constituyen un rico patrimonio cultural de los afro-americanos, por lo menos en la costa del Pacífico. No habría que dejar perder este patrimonio. Es importante y urgente recoger los textos.

3. Todo lo sagrado, tiene al mismo tiempo algo de misterio para el afro-americano, y esto le facilita el contacto con el mundo sobrenatural.

Entre los actos sagrados, ciertamente la misa tiene, en la mentalidad de la gente, un cierto poder misterioso, pero efectivo, de expiación, que ayuda a los difuntos, y también a los vivos. El hecho mismo de que el "padrecito" llegue al pueblo para "decir su misa", es algo beneficioso para todos, aunque no participen, o permanezcan callados durante todo el tiempo. Ahora, después de las reformas del Concilio, la misa ha perdido bastante el aspecto misterioso y aun mágico que antes tenía, sin que se haya ganado mucho en cuanto a comprensión se refiere. Si muchos africanos y afro-americanos han abandonado la Iglesia católica, y han creado nuevas sectas y expresiones religiosas, no ha sido por la dificultad en aceptar el dogma, sino por la de entender y vivir en participación el culto católico.

Lo que para ellos constituye una dificultad no es el misterio de la Eucaristía como tal, sino el hecho de que éste y otros misterios los celebremos de una manera tan fría, tan seria, tan fuera de su mundo y de su manera de pensar.

El hecho de entender o no entender no es lo esencial para ellos. Es interesante notar, por ejemplo, que en las religiones afrocatólicas se han adoptado algunas de nuestras palabras: amén, aleluya, Dominus vobiscum... por la fuerza de evocación y de misterio que tienen. El problema radica más bien en participar o no participar. Ningún culto gustará a los afro-americanos si deben limitarse a escuchar y a ver, si no pueden participar y expresarse a su manera.

4. A propósito de manifestaciones religiosas, a primera vista no parece que la religión tuviera mucho qué ver con la conducta moral en la vida concreta. Hay gente que se define como "buenos católicos", y no son casados por la Iglesia, no asisten nunca a la capilla, ni conocen las oraciones. Y no obstante, su conciencia les asegura que pueden considerarse "buenos católicos".

Creo que no conocemos suficientemente su escala de valores morales. Es un hecho que su concepto de pecado no coincide exactamente con el que da la Iglesia. En general se resisten a considerar como pecado una costumbre que es más o menos la de todos; por ejemplo, no casarse por la Iglesia, emborracharse en las fiestas de guardar, etc.

Tienen una concepción completamente diversa de la nuestra sobre la sexualidad. Aceptan con toda naturalidad situaciones que para nosotros serían escandalosas. Y, por otra parte, no son pocos los casos en que demuestran una sensibilidad ética extraordinaria, por ejemplo cuando se trata de ayudarse entre pobres, de compartir con quien no tiene, de acoger al huésped, al huérfano, al que viene de lejos. Igualmente son capaces de aceptar con una serenidad formidable las más tremendas pruebas de la vida, sin rebelarse, acogiéndolas como Voluntad de Dios, con heroísmo!

Casi siempre, en el momento de la muerte, que para todo hombre es la hora de la verdad por excelencia, saben despedirse de la vida en paz con Dios y con los hombres.

7. Aspectos Positivos y Negativos de la Religiosidad del Afro-americano

Es delicado y difícil expresar un juicio sobre los valores culturales y religiosos de un pueblo. Por eso, las opiniones siguientes se considerarán como mera tentativa de aproximación a la realidad; sin olvidar que, en muchos casos, se trata de realidades que tienen, al mismo tiempo, aspectos positivos y negativos.

1. Sentido positivo de la vida

Si la población negra resistió a los embates de la esclavitud, primero, y después a las enfermedades tropicales endémicas, a las inclemencias del clima, y a otras calamidades y dificultades de la vida en la selva, donde vivió marginada y abandonada, no fue sólo gracias a la resistencia física de la raza, sino también y sobre todo a la resistencia moral, al sentido optimista y positivo de la vida, y hasta podríamos decir, gracias a su característica "alegría de vivir". A pesar de todo, no sólo no se extinguió la raza, sino se multiplicó, y sigue creciendo. Pienso que su genuina y espontánea fe en Dios también ha sido para ellos una extraordinaria fuerza moral para seguir adelante.

Los negros aman la vida, y aman también al autor de la vida. Respetan la creación, y al Creador. Viven en sintonía con la naturaleza, y eso engendra un fundamental sentido de equilibrio y de paz existenciales.

Después de haber superado las pruebas antiguas, ahora los afro-americanos se enfrentan a nuevos peligros que atentan contra el sentido positivo de la vida y contra el respeto espontáneo de la naturaleza. Me refiero particularmente a las drogas, a las campañas de control de la natalidad, y también a la influencia de los medios de comunicación que exaltan la violencia.

2. Sentido de la dignidad humana y de la libertad

No se arrodillan ante nadie. No se dejan atemorizar por la presencia de las autoridades. También en sus expresiones religiosas conservan su libertad. Por muy grande que sea su sentido de lo sagrado, tratan al "padrecito" o al mismo obispo con total espontaneidad y desenvoltura. También los niños prefieren el gesto digno de extender la mano al padrecito, o al obispo, a ese —bastante común en el indígena de la sierra ecuatoriana— de arrodillarse a pedir la bendición.

No hay muchos "pordioseros" entre los negros. A veces prefieren pasar hambre o —si se trata de jóvenes o de hombres— robar, antes que "humillarse" a pedir limosna. Tampoco los niños suplican, más bien exigen: "padrecito, déme un sucre". No van con rodeos. No se humillan.

Ciertamente, en ciudades como Guayaquil, Esmeraldas, Buenaventura, hay muchos casos de violencia. Las cárceles están llenas de negros...

¿Será culpa de la raza, o habrá otras causas? ¿Por qué en los pueblitos perdidos a lo largo de los ríos, en la selva, donde los negros viven y forman comunidades en general pacíficas y ordenadas, no hay ladrones ni asaltantes o secuestradores, ni se organizan bandas para la delincuencia? ¿No será que en los suburbios de las ciudades, ante situaciones nuevas de opresión, surgen nuevas formas de resistencia violenta, que a su vez es el fruto de una violencia institucionalizada que margina a los negros, entre otros grupos?

3. Sentido de comunidad y de comunicación

Si hay algo que pueda matar al negro (ya africano, ya afro-americano), es la soledad. El negro no rehuye a la gente, la busca. Necesita estar amparado por la comunidad para su equilibrio síquico. Fuera de su pueblo, de su tribu, el negro se siente perdido, como pez fuera del agua.

Un aforismo kirundi reza: "Nta mugabo umwe": ningún hombre es solo. El concepto de "ubumwe" es unidad, solidaridad: tal vez uno de los tesoros más peculiares del humanismo negro.

Existe un vínculo vital que asegura la unidad y la continuidad entre ascendientes y descendientes. Detener la vida, renunciando a la procreación, es un grave acto de traición a los antepasados. Si la vida no se transmite, se extingue en su fuente. La vida social del africano, como la del afro-americano, está llena de manifestaciones de solidaridad: saludo, trabajo comunitario, importancia de las reuniones, comités, comisiones. En Africa, el lugar más importante para la vida de los negros, no es tanto la casa, cuanto el mercado para las mujeres, y el tribunal para los hombres: allí se puede comunicar y recoger noticias, chismear, discutir, afrontar juntos cuestiones y problemas, en sesiones que se prolongan a veces por semanas.

El negro tiene un carácter extrovertido que facilita la comunicación. Alguien escribió: "El silencio no es africano". La civilización negra está cimentada en la palabra, naturalmente hablada, no escrita. La palabra es la expresión del alma, de la vida. El "muntu" que no hablara, estaría enfermo... o muerto. La palabra, en la cultura africana, es poderosa, dinámica, expresión de fuerza vital. Es el soplo que anima las cosas, tiene la virtud mágica de realizar la ley de la participación.

La facilidad que tiene el negro para comunicarse con los demás hombres, la tiene igualmente para comunicarse con Dios. La misma desenvoltura, dignidad y libertad, y, al mismo tiempo, el respeto con que los negros llevan las relaciones humanas, los tienen en la comunicación con Dios.

Es posible que tengan miedo a los espíritus malos, a los muertos que no han encontrado aún su descanso, a la tunda, etc... pero a Dios le tienen más confianza que temor.

4. Sentido sagrado de la existencia

"La idea de Dios, como causa primera y última de todas las cosas —afirma Paulo VI en el documento *Africae Terrarum* es el elemento común importantísimo en la visión espiritual de la tradición africana. Este

concepto, percibido más que analizado, vivido más que pensado, se expresa en manera muy diferente en las distintas culturas. En realidad, la presencia de Dios impregna la vida africana, como la presencia de un ser superior personal, misterioso”.

En el paso de Africa a América, es posible que los negros hayan perdido algunos de sus antiguos valores (sentido de la tradición histórica, de la pertenencia a un grupo étnicamente definido, del valor de una disciplina que a través de instituciones, estructuras, normas, tradiciones y tabúes dirigen y norman la vida social...) pero no han perdido su sentimiento religioso. Más bien su larga experiencia de dolor y el contacto con el Dios de Jesucristo, purificaron y perfeccionaron su religiosidad, y les ayudaron a descubrir y a sentir de una manera más vivencial la paternidad de Dios.

Porque hay que reconocer que también el africano considera a Dios como a Padre amante de todos, y dador de la fuerza vital. Pero se dirige a él no como a Padre, sino como a Señor. Las relaciones con él no son filiales, íntimas, personales. No creo que se pueda hablar de culto interior, individual, a Dios. El “muntu” está convencido de que Dios está en todas partes, y de que no necesita de nadie para ser feliz. Por eso el africano no se preocupa de glorificar ni de agradar a Dios.

El afro-americano, en cambio, aunque pueda tener grandes y muchos vacíos en su religiosidad, ha llegado a asimilar los rasgos fundamentales del cristianismo: el sentido del amor filial, de la dependencia amorosa y serena, del abandono hasta el heroísmo a la voluntad de Dios; la compasión, en el sentido pleno original de la palabra: “sufrir con” el Cristo Crucificado y con la Madre de Dolores; aceptación del otro, acogida y benevolencia hacia el hermano, sobre todo el más pequeño y el más débil; solidaridad con el sufrido y el oprimido; libertad interior de la codicia de tener más y de la tentación de acumular bienes materiales.

En el discurso del Papa Juan Pablo II en Acra (8 de mayo 1980), compendió en seis puntos lo bueno que Africa puede ofrecer al mundo. Vamos a reseñarlos aquí como confirmación de lo dicho hasta ahora:

- * concepto del mundo en el que lo sagrado ocupa un lugar céntrico;
- * conciencia profunda del vínculo que existe entre Creador y naturaleza;
- * gran respeto por toda forma de vida;
- * sentido de la familia y de la comunidad que florece en la acogida y en la hospitalidad abiertas y alegres;
- * inclinación al diálogo como medio para superar los contrastes, y compartir los puntos de vista;
- * espontaneidad y alegría de vivir, que se expresan en el lenguaje poético y en la danza.

8. Aspectos negativos

Veamos ahora algunos aspectos negativos del carácter y de la religiosidad del afro-americano. Debo precisar que se trata de impresiones sacadas de mi propia experiencia concreta, inevitablemente limitada a la zona que conozco y donde trabajo: Esmeraldas, en Ecuador, América Latina.

a) *Falta de compromiso y perseverancia*

En general el afro-americano evita el esfuerzo de reflexionar, de buscar los orígenes de las cosas y de los hechos; de pensar, leer, estudiar. Se queda en la superficie de los fenómenos. Tiene mucha facilidad para la comunicación, pero menor para la reflexión. Vive al día. No piensa mucho en el mañana. Prefiere dejarse dominar por la naturaleza, antes que dominarla. El clima tórrido, la inclinación a la fiesta, al ritmo, al ruido, no facilitan el silencio, la concentración, la lectura, el estudio... Al contrario, favorecen la superficialidad y la falta de compromiso. Vive la existencia de hoy: sin ayer ni mañana. No escudriña ni las causas ni los efectos para prevenirlos o preverlos.

La comunidad ampara y absorbe. No deja mucho margen a la responsabilidad privada. El sentido fuerte y profundo de lo comunitario, a veces constituye un alivio al compromiso personal.

Tiene resistencia a toda estructura, institución, ley moral, ley civil, ley eclesiástica. No sabe de autodisciplina. El interés o el placer inmediatos determinan su conducta y lo mueven a la acción.

Su sentido de libertad, muy arraigado, se convierte a veces en libertinaje: "a mí nadie me manda", es frase muy repetida. La independencia, que en sí puede ser un valor, a veces se reduce a insubordinación fácil e injustificada (excesiva facilidad para la huelga en colegios y empresas).

En este punto, mi experiencia con los afro-americanos no coincide del todo con mi experiencia africana. Allí la sociedad tradicional es mucho más homogénea y estructurada. Desde el nacimiento hasta la muerte, el "muntu" se encuentra encerrado en un rígido sistema de tradiciones, normas, tabúes, prescripciones que reglamentan sus gestos, sus actos, y, en general, toda su vida.

b) *Prevalencia de lo emocional*

Es difícil que un afro-americano haga una cosa simplemente porque su razón le dice que debe hacerla: si no la siente, no la hace. Si no va a misa el domingo, es porque su sensibilidad, su emotividad, no están estimuladas. Simplemente dice: "no me nace". Y si hace algo, es porque su corazón, más que su razón, le manda hacerlo.

Prevalece lo exterior, lo que se ve, lo que se toca (ritos y objetos sagrados) sobre su interior. Prevalece el folclore sobre la meditación, la palabra sobre el silencio, la acción y el movimiento sobre la reflexión sosegada y serena.

c) *Inestabilidad de la familia*

Tal vez sorprenda que coloque el problema de la familia como uno de los puntos débiles del afro-americano, cuando poco antes oíamos al Papa Juan Pablo II hablar del sentido de la familia precisamente como uno de los grandes valores de la cultura africana.

Ciertamente el africano tiene un sentido muy profundo de la familia, pero no exactamente en el sentido estricto de la cultura occidental. Lo que la familia gana en extensión, pierde en profundidad.

Sin lugar a dudas, el trauma de la esclavitud ha destrozado o por lo menos herido muchos valores de la antigua sociedad africana, por ejemplo, ha cortado su vínculo con el pasado, ha suprimido casi toda su memoria histórica. Pero tal vez en lo que la experiencia de la esclavitud más influyó, en sentido negativo, fue en la familia.

En la cultura tradicional bantú, el matrimonio es un verdadero contrato entre dos familias (o dos clanes), y obedece a un sinnúmero de tradiciones y prescripciones para ser reconocido válido. Por lo menos en Esmeraldas, y probablemente en todos los grupos afro-americanos, esto ha desaparecido. En la mayoría de los casos, no hay matrimonio, ni tradicional ni moderno, ni civil ni religioso: hombre y mujer "se acompañan". Con mucha facilidad se hacen y deshacen las uniones maritales, y los niños pagan el precio de esta inestabilidad. La opinión común entre los afro-americanos es más bien contraria al matrimonio, y dicen muy claramente la razón: "no queremos amarrarnos".

d) *Religiosidad no-cristocéntrica*

En la cultura bantú, ciertamente Dios está presente, su poder lo invade todo. Dicen: "Dios es bueno. Pero no se preocupa mucho de nosotros. Y no vale la pena que nosotros nos preocupemos mucho por él". En cambio, hay que congraciarse con los espíritus intermediarios, asegurarse la benevolencia de los buenos espíritus y defenderse de la mala voluntad de los otros.

Algo de esta actitud queda en el afro-americano cristiano. Se ocupa mucho de los intermediarios: la Virgen, los santos, los difuntos, los buenos y los malos espíritus! Este culto a los santos y a los difuntos relega a un segundo lugar a Cristo.

II. Lineamientos para la Acción Pastoral

Hasta aquí hemos analizado la cultura y la religiosidad de los afro-americanos sobre todo de los de la costa del Pacífico. Para completar el cuadro, sería necesario estudiar la expresión religiosa de otros grupos, concretamente de los negros de los Estados Unidos de Norte América, marcados por el protestantismo, que se presenta más frío, austero e individualista, y por tanto ajeno al cálido humanismo bantú; y de las sectas llamadas afro-católicas difundidas en Brasil, Haití y otros países, donde los elementos irracionales y emocionales llegan al paroxismo, más allá de las expresiones comunes de la religiosidad africana.

1. *Evangelizar la Cultura*

1. La Iglesia, en Puebla, nos repite que no basta evangelizar a las personas: es preciso evangelizar las culturas.

Dos escollos se han de evitar: primero, creer que convertirse a Cristo exige abandonar el propio mundo cultural, como si la cultura fuese error y pecado. Segundo, lo contrario: aceptar como válida cualquier expresión cultural y religiosa popular. Se equivocan quienes piensan que el pueblo

tiene siempre toda la razón: sólo la Palabra de Dios la tiene. Y es esta Palabra la que ha de cuestionar al pueblo, no viceversa.

2. "Cristo, afirmó Puebla, envió a su Iglesia a anunciar el Evangelio a todos los hombres, a todos los pueblos. Puesto que cada hombre nace en el seno de una cultura, la Iglesia busca alcanzar, con su acción evangelizadora, no solamente al individuo, sino a la cultura del pueblo. Trata de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación" (Puebla n. 394).

3. La evangelización de una cultura es una utopía, no en el sentido de imposible o absurda, sino en el de que, siendo un ideal, tal vez no lo alcancemos nunca. Pero posee una estimulante fuerza de atracción, y hemos de acercarnos a ella lo más posible. En el Evangelio hay una llamada a la conversión para todas las gentes y para todas las razas, así como hay una propuesta de santidad heroica individual. El heroísmo nunca será fenómeno de masas. El camino de la cruz desembocará en la gloria, pero mientras dure la historia prevalecerá la cruz. Habrá siempre tensión entre el "pequeño resto" y las multitudes. Pero sería un error renunciar a atender a las masas populares, para ocuparse exclusivamente del "resto". O idealizar al pueblo, desconociendo a los individuos. De igual manera, sería un error evangelizar a las personas sin evangelizar las culturas, ocuparse de los individuos y descuidar al pueblo.

4. La Iglesia ciertamente posee el sentido de la historia, y sabe que ha de evangelizar las culturas de cada época, a través de un difícil y lento proceso de encarnación. Pero sabe también que traicionaría al Evangelio si se limitase al esfuerzo de adaptación a este mundo, a expensas de la pureza del mensaje, y renunciase a su misión profética de poner en tela de juicio ideologías y culturas en contraste con el Evangelio. Aceptar acríticamente las culturas, equivaldría a renunciar al escándalo de la cruz. Su misión no es destruir ni canonizar las culturas, sino discernirlas para purificarlas y enriquecerlas.

5. Estas reflexiones valen también para las culturas afro-americanas. Como toda cultura, estas no son estáticas. Sería un error hacer arqueología, una especie de pastoral arqueológica para complacer a los antropólogos. No se trata de guardar en museo o defender a todo trance los tesoros históricos de un pueblo. Se trata de captar las diversas culturas en su dinamismo histórico actual.

Una vez más, Puebla nos indica el camino: "Un criterio importante que ha de guiar a la Iglesia en su esfuerzo de conocimiento, es el siguiente: hay que atender hacia dónde se dirige el movimiento general de la cultura, más que a sus enclaves detenidos en el pasado; a las expresiones actualmente vigentes más que a las meramente folclóricas" (Puebla n. 398).

6. Otra dificultad consiste en el hecho de que la Iglesia debe preocuparse por cada una de las culturas que "a través de un mestizaje racial

y cultural han marcado fundamentalmente el proceso" de la historia y de la civilización latinoamericana, y al mismo tiempo iluminar y encauzar este proceso que ciertamente "seguirá marcando en el futuro" la realidad del continente latinoamericano" (cf Puebla n. 409).

En general, tanto los gobiernos como las grandes fuerzas económicas e ideológicas del mundo moderno y los poderosos medios de comunicación trabajan en favor de una siempre más rápida "integración", que es más bien nivelación universal. La Iglesia, que se proclama católica, es decir universal, favorece el acercamiento de las razas y de las culturas, pero siempre esto según el estilo propio del Evangelio, prestando mayor atención a los grupos más débiles, que corren riesgo de ser sojuzgados. Para que el universalismo no resulte finalmente un simple proceso de "igualación", sino un verdadero y universal enriquecimiento, es preciso que todos los pueblos aporten "al banquete universal", como dice el poeta de la negritud L. S. Seghor, su propia riqueza. Y, para que esto sea posible, todas las culturas han de ser reconocidas y asumidas.

7. Concluyendo estas reflexiones sobre la actitud de la Iglesia respecto de las culturas, queremos subrayar la necesidad de que los agentes de pastoral que trabajan con los afro-americanos, en primer término conozcan, a través de un estudio amoroso, lleno de respeto y simpatía, la cultura, la mentalidad, el humanismo de los afro-americanos. Nos permitimos citar una vez más a Puebla que, a propósito de las culturas, ha escrito una de sus páginas más bellas: "Para desarrollar su acción evangelizadora con realismo, la Iglesia ha de conocer la cultura de América Latina. Pero parte, ante todo, de una profunda actitud de amor a los pueblos. De esta suerte, no sólo por vía científica, sino también por la connatural capacidad de comprensión afectiva que da el amor; podrá conocer y discernir las modalidades propias de nuestra cultura, sus crisis y desafíos históricos y solidarizarse, en consecuencia, con ella en el seno de su historia" (Puebla 397).

Creo que debemos hacer al respecto un examen de conciencia y reconocer que hasta ahora no hemos estudiado y amado suficientemente la cultura de los pueblos afro-americanos.

2. *Evangelización Liberadora*

La verdadera opción fundamental de Puebla ha sido el mismo objetivo por el cual el Papa Paulo VI quiso que se realizaría una tercera conferencia general del episcopado latinoamericano: "La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina".

En Puebla, la Iglesia latinoamericana se comprometió solemnemente a multiplicar sus esfuerzos para evangelizar a todos, pero sobre todo a los que se encuentran en situaciones de permanente y urgente necesidad de evangelización. Entre ellos "los afro-americanos tantas veces olvidados" (Puebla 365).

1. La riqueza más grande que la Iglesia puede y debe proporcionar a los afro-americanos es la Palabra de Dios. Es necesario, es urgente darles una catequesis completa, sistemática y progresiva, adaptada a su menta-

lidad y proporcionada a su posibilidad y capacidad de recepción. La evangelización no puede ser abstracta, fría, separada de la vida: ha de partir de la realidad y ha de volver a ella, debe provocar una reflexión comunitaria y una respuesta vital.

Para que la Palabra llegue a todos, es preciso y urgente multiplicar los anunciadores, formándolos sin separarlos de su ambiente, con cursos breves y periódicos. Esta clase de experiencias pastorales se van multiplicando y van dando frutos siempre más abundantes.

2. Como hemos visto en la primera parte, los valores evangélicos no han llegado a impregnar adecuadamente al grupo cultural de origen africano, que por su parte posee riquísimos valores y guarda las "semillas del Verbo" en espera de la Palabra viva. Como en toda la Iglesia, la religiosidad popular afroamericana, debe ser evangelizada siempre de nuevo a partir de sus valores, y purificada de sus aspectos negativos. Esto implica, en la práctica reanudar un diálogo pedagógico a partir de la evangelización anterior; para ello se requiere —como hemos dicho— conocer los símbolos, los ritos, la mentalidad, los anhelos del pueblo a fin de lograr, comunicar la Buena Nueva a la masa, mediante un proceso de evangelización más encarnada.

3. El anuncio debe ser dado con fuerza y entereza, y debe provocar una nueva confrontación de las costumbres y mentalidad con la Palabra de Dios. Ciertamente este enfrentarse con sinceridad cara a cara con la Palabra de Dios no puede no provocar tensiones y reacciones. Pero no tengamos miedo. La actitud fundamental del cristiano y del apóstol ha de ser la obediencia a la Palabra de Dios. Nuestro lugar de confrontación y de identidad de creyentes no es la tradición popular o el sentimiento de la gente, y mucho menos las formas culturales y religiosas del occidente, sino simplemente —y lo repetimos una vez más— la Palabra de Dios. Esta doble fidelidad y doble amor al pueblo y a la Palabra, es la verdadera cruz del apóstol, es fuente de sufrimiento, pero también de vida.

4. Estamos convencidos de que sólo una nueva y generosa respuesta positiva del pueblo afro-americano a la Palabra de Dios, podrá permitirle, por una parte, salir de su marginación, y por otra vencer la nueva y tremenda prueba del secularismo y consumismo de la civilización urbano-industrial, que lo acecha de una forma a la vez imperceptible y violenta.

Vivimos en una coyuntura histórica en que los procesos han llegado a ser incontrolables y virulentos. Hasta ahora los afro-americanos han logrado salvar por lo menos el alma de su cultura, gracias sobre todo a su religiosidad popular. Pero no nos hagamos muchas ilusiones. Esta religiosidad popular, que se basa más sobre la emoción y la tradición que sobre la razón y el convencimiento, ¿podrá resistir a los embates del materialismo ideológico y práctico que está irrumpiendo en la realidad latino-americana?

Sólo una nueva evangelización, profunda y decidida, podrá salvar la religiosidad y la cultura afroamericanas. No basta que los pastores conozcan la historia pasada y la cultura de hoy, tienen que abrir sus miradas hacia el futuro, interpretar oportuna y temporalmente los signos de los tiempos.

5. Los pastores y demás responsables de la pastoral, deben ser fieles a la Iglesia en la manera de entender y hacer real y efectiva la evangelización. Puebla es maestra al respecto. La evangelización ha de ser liberadora, ha de suscitar un pueblo nuevo, capaz de leer y cuestionar su propia realidad, y luchar por una revolución profunda y radical.

La acción pastoral no debe ser una simple asistencia religiosa, una respuesta por parte de la Iglesia a la demanda religiosa del pueblo, sino una fuerza capaz de crear, transformar, hacer nuevas todas las cosas separando las estructuras de pecado y construyendo estructuras que promueven e impulsan la comunión y participación.

3. *Hacia una Pastoral de Comunidades*

En nuestro esfuerzo por una renovada acción pastoral en favor de los afro-americanos tenemos que hacer nuestras todas las grandes opciones de Puebla. La prioridad es por una evangelización —de las personas y de todo el pueblo y su misma cultura— que tenga una fuerza liberadora y transformadora.

El gran secreto para realizar este compromiso, el eje en el cual nos apoyamos, el camino nuevo que la misma Iglesia nos indica (desde Medellín hasta Puebla, pasando por la *Evangelii Nuntiandi*) es la comunidad eclesial de base.

1. A primera vista, y por culpa de ciertas interpretaciones apuradas y desacertadas, parece que la comunidad de base constituya para el afro-americano más un obstáculo que una solución.

Ante todo, el nombre no es de fácil comprensión, sobre todo si se lo enuncia simplemente por sus iniciales, “la CEB”, que es una palabrita fría, incomprensible, y totalmente fuera del lenguaje de la gente sencilla. Personalmente prefiero dejar a los especialistas el uso de las siglas.

En segundo lugar, algunos equivocadamente limitan el sentido de “comunidad” a un grupo pequeño, que se contrapone al pueblo en general, a la masa, con una interpretación polémica y casi de ruptura. No olvidemos que los afro-americanos se sienten a gusto en la masa. Sobre todo en las fiestas: cuanta más gente hay, más grande es la fiesta y más gozan nuestros morenos.

En tercer lugar la así llamada CEB hace hincapié sobre la así llamada “concientización”, otra palabrita que la gente sencilla no entiende. En todo caso eso de reunirse en pequeños grupos para pensar, y “concientizarse”, no parece que corresponda precisamente a la idiosincrasia de nuestra gente morena.

2. Más allá de estas objeciones y dificultades, sí creemos en la validez de defender la necesidad de una pastoral de comunidades.

Nadie nos obliga a utilizar la misteriosa palabrita CEB. Nuestra gente entiende la palabra “comunidades”, como entiende y acepta el concepto de hermandad. Podemos muy bien usar la expresión “comunidad cristiana”, que la gente entiende mejor, sin vaciar de su contenido y de fuerza el con-

cepto fundamental de la comunidad eclesial de base, tal como lo explican los documentos de la Iglesia.

3. Los especialistas han escrito monumentales y profundos libros sobre las CEB, pero el concepto de fondo es bastante sencillo e innovador al mismo tiempo.

Se trata de reunirse juntos, alrededor de la Palabra de Dios, y con la ayuda de los guías responsables, dejar que esta Palabra nos abra los ojos y el corazón, y empezar así un camino de conversión y liberación.

Ese camino nos llevará, aunque sea a través de crisis y obstáculos, a metas siempre nuevas de crecimiento. Poco a poco se llegará a recorrer mucho camino y se llegará a:

- * rectificar costumbres antiguas viciadas por la ignorancia y el pecado;
- * establecer una relación de obediencia y amor filial a Dios;
- * celebrar el día del Señor y los sacramentos que marcan los momentos más bellos de la vida;
- * descubrir la belleza de la familia cristiana y el valor de la fidelidad;
- * hacerse cargo de la educación de los niños y de la salud;
- * crear condiciones más dignas de vida;
- * luchar para defender las tierras y los derechos humanos;
- * preservar a los jóvenes de las tentaciones de la ciudad y del materialismo en general.

Cristo ocupará el lugar que le corresponde: esto es, el centro de la vida y de la historia. Y veremos el milagro de su Reino poco a poco transformando la realidad, a través de una caridad que es servicio, compromiso, entrega a los demás, atención a los más necesitados. Sin renunciar a las valiosas tradiciones de su pasado, y salvaguardando los genuinos valores de su raza, los afro-americanos afrontarán con la vitalidad y el entusiasmo que les caracteriza, la inmensa tarea que también a ellos les confía la Iglesia: la construcción, en nuestro Continente latinoamericano, de la "civilización del amor".